

La modernidad desde el *Homo Deus* de Yuval Noah Harari: una visión crítica

Iván R. Canales Valenzuela¹

Homo Deus es uno de esos textos llenos de malabarismos lingüísticos y de selvas semánticas que manejan y proveen de mucha información, pero que no aportan alguna idea o concepto que permita organizar sistemáticamente los contenidos. Solo hay una ideología implícita, de máxima idolatría, de la modernidad capitalista, científica y tecnológica que, de hecho, ha cambiado el rostro de la humanidad. Y, sin embargo, sin mediar ni una sola definición conceptual o axiomática, se procede a tratar a esta modernidad económica, científica y tecnológica socioevolutivamente como “progreso”, y al pasado como lo “precario” y “elemental”. Y como si todas las diferencias fundamentales entre pasado presente y futuro dependiesen exclusivamente del desarrollo científico-tecnológico y económico, valorado solo desde el actual desempeño de estas variables.

Se presupone, también arbitrariamente, un concepto de “humanidad”, como si de hecho existiera, más allá del nivel estrictamente metafórico, algo así como *la humanidad*, la cual, de hecho, es máximamente plural y heterogénea, y las direcciones que pueda tomar en su devenir son también variadas. Tampoco se justifica por qué la colonización geopolítica y económica de la modernidad occidental permitirá hablar o no de una humanidad como una realidad universal, asunto que solo se deja determinar por sus condiciones materiales de producción (economía, ciencia y tecnología).

¹ Carrera de Trabajo Social, Universidad Autónoma de Chile, sede Talca.

Por otro lado, sin mediar ninguna comprensión sistemática de la condición socioantropológica del hombre en el mundo, se trata al fenómeno religioso humano como lo "primitivo", lo elemental que debe ser superado por el conocimiento científico, sin entender una de las esenciales dimensiones de la condición humana en el mundo, a saber, su dimensión espiritual, que jamás deja de interrogar por la apertura hacia la infinitud y por la dimensión de sentido de lo humano ante la inexorable experiencia de nihilidad generada por la muerte.

Sin ningún criterio hermenéutico, Harari compara arbitrariamente el presente con el pasado, haciendo solo referencia a las diferencias entre desarrollo económico, científico y tecnológico. De hecho, concibe también, de modo arbitrario, una cierta agenda humana que implícitamente pone como protagonistas y conductores del proceso de progreso humano a los líderes económicos, científicos-tecnológicos y políticos, que de hecho manipulan y siguen manipulando este desarrollo en beneficios de sus intereses de poder y de rentabilidad del capital. Lo humano colonizado por ciencia, técnica y economía. Fernando Ariza, en el diario *El Debate de hoy* (27 de junio de 2017)², comenta:

Pero, ahora que no se cree en ninguna divinidad ni en ningún sistema político, ¿qué queda? Ya lo hemos dicho, los *gadgets*. Harari describe la religión como un relato artificial, necesario en otros tiempos pero inútil ahora, y algo parecido hace con la política. Lo gracioso es que en su libro crea otro relato con similares objetivos (la inmortalidad) y ahí está parte de su éxito: una narrativa de la salvación atea y apolítica basada en la tecnología. Y el lector posmoderno, que aunque no lo sepa necesita creer en algo, la bebe con sed de eternidad. Por eso pienso que *Homo Deus* es un libro de autoayuda: cuando parece que no hay esperanza, crea una, aunque sea falsa. Las enseñanzas del libro cumplen, además, una importante función social: gracias a él, cuidamos más el cuerpo, que tanto se supone nos ha de durar, y el planeta en el que tanto tiempo vamos a estar. Y, sobre todo, podemos comprarnos el último *smartphone* sin mala conciencia. A fin de cuentas, con ese gasto estamos contribuyendo a la salvación eterna de la Humanidad.

² F. Ariza, <https://eldebatedehoy.es/cultura/homo-deus/>

Tanto en su simpleza y fluidez narrativa como en su miseria epistemológica, el texto de Harari, *Homo Deus*, es peligrosamente ideológico, pues intenta maquillar con un cierto barniz pseudocientífico y socioevolutivo a las patologías sociales de la modernidad, inducidas sistémicamente por economía, ciencia y tecnología, las cuales han subordinado a la política y a lo político a través de enormes compromisos anclares. Tanto la fatalidad del texto como su macabro cinismo sacralizan el estatus imperante, que marcha hacia una apocalíptica científico-tecnológica y económica que solo podremos evitar si ocupamos los medios que proveen: ciencia, técnica y economía en el cuidado de nuestro cuerpo y de la naturaleza. Todo queda reducido así, narrativamente (desde un extremo irracionalismo metodológico), a un materialismo *crasso* y ateo, modulado científica, tecnológica y económicamente.

Efectivamente, el libro de Harari es un algoritmo mediático, con reflexiones de mercado o de muy baja intensidad intelectual y espiritual. En sociedades de mercado, son las subjetividades de mercado las que tienden a dejarse secuestrar por este tipo de discurso que intenta imitar la estructura de un algoritmo cerrado pseudocientífico, generando así la ilusión de una roca firme a la cual adherirse. Citemos a Harari contra Harari para explicar este curioso fenómeno del consumo masivo de su libro. Creo que lo explica muy bien nuestro autor de marras:

Los humanos ceden su autoridad al libre mercado, al conocimiento masivo y a algoritmos externos debido en parte a que no pueden abarcar el diluvio de datos. En el pasado, la censura funcionó al bloquear el flujo de la información. En el siglo XXI la censura funciona avasallando a la gente con información irrelevante³.

Precisamente eso es *Homo Deus*, un avasallamiento con información irrelevante y asistemática, para ocultar y de hecho censurar toda posible reflexión racional (metodológica) crítica, sociohistórica, filosófica y política relevante sobre las patologías sociales de la modernidad imperante. Para subjetividades de mercado, reflexiones de

³ Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Santiago de Chile: Debate, p. 430.

mercado. Eso Harari lo hace magistralmente. Ver las preguntas pseudo-filosóficas con las que culmina el libro para, desde una pose casi infantil, darle al texto una apariencia de reflexión crítica. Siendo en verdad una narración asistemática, heteróclita, y cuya narrativa está más cerca de ser una novela que un texto de reflexión racional y crítica de la condición humana en el mundo.

Cuando Harari, utiliza el término “agenda” no advierte que dicha noción implica la idea de controlar voluntariamente un proceso, un diseño, y dirigir una estructura hacia un específico e intencionado fin. La noción de “agenda” implica también, o presupone, a los agentes que diseñan y llenan de contenido a dicha agenda, priorizando, jerarquizando y optimizando una relación estratégica entre medios y fines. Agenda implica, por tanto, proceso, diseño inteligente y a los sujetos que diseñan, controlan y dirigen la agenda. Contradictoriamente, pone la noción de “agenda” junto a la de una condición humana socioevolutivamente configurada. Es decir, el devenir de lo humano en el mundo estaría determinado por fuerzas espontáneas y cuasi naturales de la condición humana en el mundo y no por una agenda. O, de otro modo, si lo que hay es agenda, no podría haber proceso socioevolutivo. Pero, dentro de la arbitrariedad racional e ideológica del discurso de Harari, los elementos a seleccionar como espontáneamente evolucionando son ciencia, técnica y economía. Y producto de esta misma espontánea evolución declara la obsolescencia de la religión. Lo que queda oculto en el discurso ideológico de Harari es el hecho inconcuso de que en la modernidad sí hay sujeto, sí hay subjetividad moderna y sí hay voluntad de diseño inteligente por parte de las oligarquías que diseñan y controlan ciencia, técnica y economía. Por tanto, lo socioevolutivo le sirve a Harari para ocultar e invisibilizar de hecho la génesis y estructura de las oligarquías que diseñan y controlan el discurso ideológico y la geopolítica de la modernidad imperante. Lo que hace Harari, ideológicamente y sin justificación racional, es excluir la variable política y socioreligiosa del devenir de la condición humana en el mundo. O, de otro modo, todo el texto es una rapsodia en el que ciencia, técnica y economía conducen socioevolutivamente el devenir de la condición humana en el mundo. Devenir en el cual no hay religión ni hay política: arbitraria e ideológicamente, se han eliminado las variables religión y política.

Observemos ahora el texto en su estructura. Este comienza con el apartado Nueva Agenda Humana, en el que se articula información de carácter periodístico como si fuesen datos sociohistóricos, en un *collage* de conexiones que configuran hipótesis y conclusiones que más bien parecen la trama de una novela policial, en la que se comete la grosera contradicción performativa de tratar un supuesto devenir de lo humano de carácter socioevolutivo bajo el tópico y la estructura de la agenda. Pues, racional y epistemológicamente, no es posible concebir una agenda socioevolutiva.

Luego, Harari sigue desarrollando en la primera parte del libro su trama y dramaturgia de lo humano, al modo de una novela policial, precisando los hechos que dan origen, forma y contenido al relato bajo el enunciado: “*Homo sapiens* conquista el mundo”. Si bien es cierto esta primera parte termina con una muy interesante hipótesis antropológica sobre el poder de la imaginación humana (“ficciones ideológicas reescriban las cadenas del ADN”), el discurso está manipulado socioevolutivamente de modo ideológico, de tal modo que aparezcan como únicos sujetos legítimos de esta imaginación la ciencia, la tecnología y la economía. Así queda visualizada la funcionalidad epistemológico-ideológica de la perspectiva socioevolutiva, pues le permite sacar del liderazgo del escenario social a la religión, la política, la ética, etc. Según Harari, “a medida que las ficciones humanas se traduzcan en códigos genéticos y electrónicos, la realidad intersubjetiva engullirá por completo la realidad objetiva, y la biología se fusionará con la historia”.

Observemos ahora cuáles son las ficciones que, según Harari, darán sentido al mundo. Veremos cómo Harari manipulará la trama de su dramaturgia para que dichas ficciones emerjan socioevolutivamente como un nuevo mundo transhumanista. En síntesis, Harari describirá dramáticamente cómo el *Homo sapiens* da sentido al mundo, lo cual es un imperativo socioevolutivo inherente a la condición humana. Para luego, también, por otra dramaturgia socioevolutiva, perder el control y culminar en un transhumanismo dataista. Pérdida de control que, curiosamente, hace desaparecer los imperativos socioevolutivos para, ahora, convertirse en Agenda Transhumanista.

En la segunda parte Harari describe dramáticamente el devenir de la pulsión humana por la autonomía y la libertad. En ello se libera de imperativos metafísicos, religiosos y éticos. Con ello se exagera la perspectiva humanista liberal de la humanidad que sacraliza la vida, las emociones y los deseos de los seres humanos, y que intenta maximizar la duración de la vida, la felicidad y el poder humano. El humanismo liberal no necesita que ningún dios limite el poder de lo humano y le conceda sentido: “las decisiones libres de clientes y votantes nos proporcionan todo el sentido que necesitamos”.

El astuto Harari ahora nos anticipa una posible pérdida de control, también de origen socioevolutivo —¿qué ocurrirá cuando nos demos cuenta de que clientes y votantes nunca toman decisiones libres, y cuando tengamos la tecnología para calcular, diseñar o mejorar sus sentimientos?—, pero que se resolverá en la tercera parte como agenda transhumanista. Presupone Harari, de modo arbitrario y sin justificar, que el desarrollo de la ingeniería genética y de la inteligencia artificial es el desarrollo tecnológico por sí mismo, lo que dejaría obsoletos al humanismo liberal, a la democracia y al libre mercado, etc., legitimando con ello la invisibilización de los posibles diseñadores perversos que están produciendo dicha obsolescencia. Es exactamente, lo mismo que sucede con la ficción de “los mercados”, que oculta o invisibiliza a los sujetos agentes oligárquicos que toman decisiones subjetivas respecto de su codicia y privados intereses. Observemos ahora como Harari intenta autonomizar o invisibilizar a los sujetos agentes que desarrollan y manipulan ciencia, tecnología y economía en dirección transhumanista, del mismo modo que el siglo XIX invisibilizó a los agentes económicos capitalistas bajo la falaz ficción de las leyes del mercado.

En el apartado 8, “Bomba de tiempo en el laboratorio”, Harari sibilinaamente sostiene que es el desarrollo científico y tecnológico por sí mismo el que atenta contra el libre albedrío. Dando a entender que las meras explicaciones neurocientíficas y de la operatoria bioquímica del cerebro humano demostrarían que, de hecho, tal libre albedrío es imposible. Postula Harari que la sola verificación de que la identidad personal y social humana es esencialmente de carácter dramático,

es suficiente para cualificarla de engañosa y falsa, y que sería el saber científico y técnico el que nos vendría a desalienar. Afirma que ciencia y tecnología serían los grandes aliados estratégicos que nos demostrarían la idea filosófica de que “no hay individuos libres” y, con ello, responsabiliza *ex profeso* a la ciencia y a la tecnología como siendo por sí mismas causantes de falta de libertad y no a los sujetos de la usan y la manipulan. Así construye una dramaturgia —no justificada— de una gran Matrix científico-tecnológica que terminará por abolir toda libertad humana, naturalizando socioevolutivamente tanto el proceso de desarrollo como el resultado. Por tanto, lo que Harari hace con su construcción ideológica es legitimar socioevolutivamente un devenir transhumanista que resultaría inevitable.

En el apartado 9, “La gran desconexión”, en la misma dirección que el anterior, despolitiza todos los procesos humanos y solo tematiza cómo ciencia y tecnología dan herramientas privilegiadas a los dominadores, es decir, algoritmos cibernéticos (dataísmo) capaces no solo de hacer colapsar el libre albedrío humano, sino también de generar una clase de superhumanos mejorados capaces de conducir y dominar a una masa de humanos inútiles. De nuevo todo ello bajo el rótulo del espontáneo devenir socioevolutivo de ciencia y tecnología, y no como la voluntad política de diseñadores y dominadores, a quienes se invisibiliza sistemáticamente. Todo el discurso ideológico de Harari es en verdad una rabiosa diatriba contra los liberales y el liberalismo, quienes creen ilusoriamente en la libertad individual, engañándose y no viendo que en verdad los seres humanos son solo rebaño permanente engañado por relatos religiosos, metafísicos, económicos y políticos. La profecía de Harari es que este engaño acabará cuando los algoritmos cibernéticos tomen el control.

En el apartado 10, “El océano de la conciencia”, es interesante observar cómo Harari solo habla de inteligencia y mente, pero jamás de razonamiento, reflexión, deliberación. Su modelo —socioantropológico— para referirse a la conciencia humana es la cibernética, la inteligencia artificial, etc., y nunca una compleja estructura socioantropológica multidimensional que genera y produce pluralidad de formas de conciencia.

Solo presupone un ideal de perfección inteligente estrictamente cibernético, ideal al cual la humanidad debiera someterse. Su propuesta es el dominio universal del dataísmo, como religión universal de una humanidad que solo puede gestionar información. De nuevo, esta religión se nos impone de modo socioevolutivo como una fatalidad de la historia, como consecución necesaria del desarrollo tecnocientífico y no como el diseño inteligente de una élite de dominadores que gestionan hoy el poder tecnocientífico, geopolítico, geoeconómico, biopolítico y psicopolítico. Harari sigue incólume, con su misma estrategia arquitectónica, a saber, invisibilizar socioevolutivamente a los agentes gestores de procesos y cambios sociales, políticos y económicos, hipostasiando y responsabilizando, de modo falaz, como sujeto agente, al desarrollo tecnocientífico.

Por último, en el apartado 11, “La religión de los datos”, Harari concluye con su dramaturgia ideológica, declarando que la mano invisible de la historia nos lleva, de modo socioevolutivo, inexorablemente hacia una nueva religión de la humanidad, el dataísmo. El control absoluto de los flujos de información a través de algoritmos cibernéticos y de inteligencia artificial es el fatal destino de la humanidad. El propio Harari se presenta a sí mismo, de modo implícito, como vocero de la historia, como el descodificador de los procesos socioevolutivos que nos están llevando inevitablemente al dataísmo, al tranhumanismo. Todo el apartado es, de hecho, una apología de esta nueva religión, explicando por qué es superior a todos los procesos sociohistóricos anteriores, que pretendían ingenuamente el libre albedrío humano. De hecho, para Harari no hay ninguna interrogante, las tres preguntas finales son solo un recurso retórico para mantener su pseudo imparcialidad. Lo concluyente en su tesis es que, inexorablemente, la ciencia convergerá en el dogma universal que afirma que los organismos son algoritmos y que la vida es procesamiento de datos; que la inteligencia se desconectará de la conciencia, y que los algoritmos no conscientes pero inteligentísimos pronto podrían conocernos mejor que nosotros mismos.

A modo de conclusión, el texto *Homo Deus* no es, de hecho, una historia del mañana. Es una construcción, en palabras de Kant, rapsódica

o dramaturgica, es decir, asistemática o francamente irracional, que describe una religión del presente, el dataísmo y el transhumanismo, que desea legitimarse a sí misma como destino último de la humanidad. Es decir, el objetivo es legitimar el discurso de los dominadores y sus actuales estrategias de dominación social, biopolíticas, psicopolíticas, geopolíticas y geoeconómicas como destino inexorable de la humanidad, a la vez que se invisibiliza, ideológicamente, a los agentes que diseñan y gestionan dichos cambios. Por último, nuestro autor, ocupa la estrategia discursiva de presentarse a sí mismo como vocero de la mano invisible de la historia, que estaría operando socioevolutivamente a nuestras espaldas. Harari, con un estilo de relatos periodísticos, narra hechos históricos al margen de cualquier concepto o método historiográfico posible; construye, hipotética y arbitrariamente, un relato o narración antiliberal y pro dataísmo y transhumanismo, fabricándose de modo delirante una pseudo necesidad socioevolutiva que llevaría inexorablemente a la historia hacia la “catástrofe” transhumanista.